



EL DESPERTAR



ZODIAC ACADEMY 1

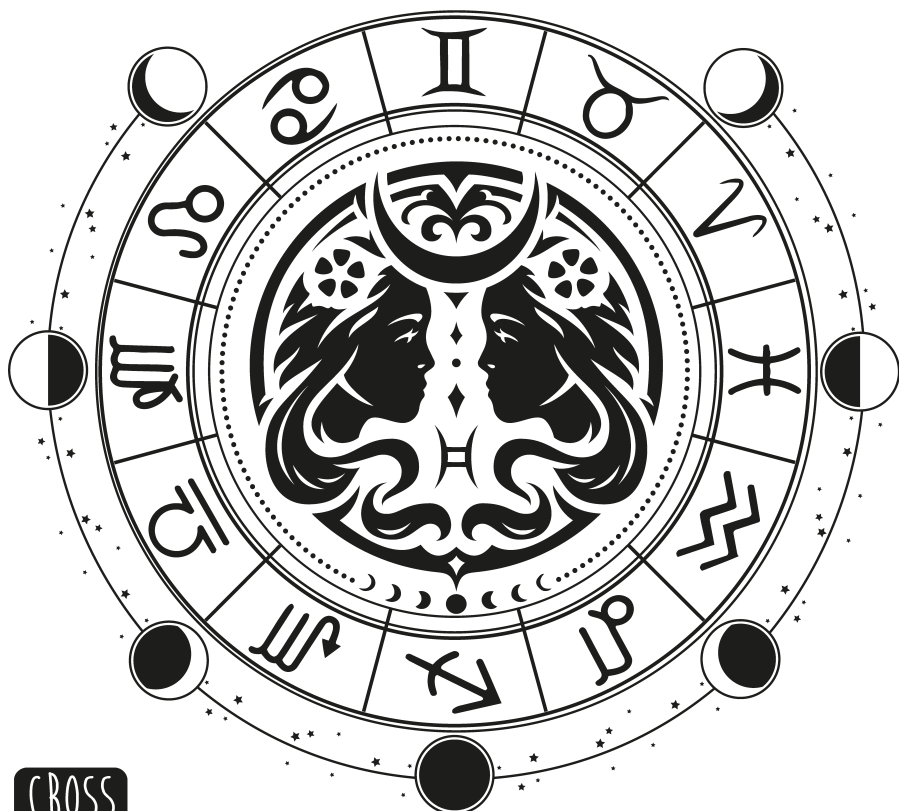
CROSS
BOOKS

CAROLINE PECKHAM
SUSANNE VALENTI

CAROLINE PECKHAM
SUSANNE VALENTI

ZODIAC ACADEMY 1

EL DESPERTAR



CROSS
BOOKS



CAPÍTULO 1

Estaba saliendo por la ventana cuando empezaron a sonar las sirenas de la policía.

Un momento. «Respira». Movimiento de caderas.

La ventana era muy pequeña y el pestillo metálico se me clavaba en el abdomen. Pero estaba desnutrida y tenía la determinación de un pitbull. «Has encontrado una rival perfecta, querida Ventana».

Otra vez las sirenas.

El corazón me cantaba una advertencia estruendosa en los oídos. Levanté la cabeza. El baño que estaba debajo de mí me resultaba familiar e inquietante. No debería hacer esto: allanamiento de morada. Aunque, técnicamente, no estaba allanando nada.

A mi hermana le salían mucho mejor estas cosas. Y, quizá, por eso era yo la que estaba aquí y no ella. Quería demostrar que podía hacerlo. Así que, maldita sea, iba a hacerlo.

Sirenas. Más cerca. Y, de pronto, estaba mentalmente en la celda de una cárcel. Luego, llorando desconsolada en el estrado de un tribunal. «¡Culpable!», sentenciaba el jurado; después ¡bam!, una puerta metálica que se me cerraba en la

cara mientras me daba vuelta para encontrar a mi compañera de celda, Patrice, que tenía un brillo amenazante en los ojos.

Quizás la cárcel fuera la respuesta a todas mis súplicas. Aunque Tory me mataría si me arrestaran. Aunque, honestamente, ella solo estaba a una cagada de terminar entre rejas. Seríamos una fuerza digna de respeto en la cárcel, las reinas de las prisioneras. Como Thelma y Louise si no se hubieran tirado por un precipicio.

«Nota mental: pensar con Tor si la cárcel es un plan B decente».

Por ahora, la prisión no estaba en mi lista de cosas pendientes. Mis cuatro sentidos estaban muy despiertos por la adrenalina y, lo admito, también por un poquito de miedo.

«¿Puedo hacerlo?».

«Sí, claro que puedo, carajo».

Respiré hondo, preparándome. Había muchas probabilidades de que esos policías no vinieran a por mí. Solo tenía que tomar la precaución de ser rápida.

Apoyé las manos contra los azulejos helados y empujé. Se me atascaron las caderas y mi culo se movía como una bandera al quedar colgando de la parte de atrás de la casa. Las puntas azul marino de mi pelo negro se movían de un lado a otro como una sábana en una tormenta.

Empujón, meneo, «¡bien!».

Me descolgué hasta el inodoro sin elegancia alguna y salté al suelo. Mis Converse desgastadas fueron tan sigilosas como el aire al tocar las baldosas. Me tomé un momento para celebrar internamente lo que acababa de conseguir, moviendo las caderas al ritmo de una música silenciosa.

«Lo conseguí».

Abrí la puerta y me adentré más en la casa, donde sabía que no había nadie, y aun así...

Un nudo se me hacía y deshacía en el pecho. Una tabla

del piso crujió bajo mis pies cuando me moví y el sonido resultó atronador para mis oídos.

«Pete está trabajando. No hay nadie».

Su nombre en mi cabeza me provocó un escalofrío violento. Hasta hacía tres meses, esta casa había sido nuestro hogar, de Tory y mío. Si se le podía llamar así. Pete nunca nos había considerado familia. Nos tuvimos que contentar con esto durante nuestro último año en cuidado temporal. Y, el día después de cumplir los dieciocho, nos dio una patada en el culo porque ya no tenía derecho a la ayuda del Estado por «cuidar de nosotras». A pesar de que lo único que había cuidado en su vida era una botella de Jack Daniel's y su adorada televisión de cincuenta y ocho pulgadas.

Entré en la que había sido nuestra habitación. Ya casi vacía. No iba a volver a cuidar temporalmente a ningún niño ahora que Darla lo había dejado. Se marchó aproximadamente dos meses antes de nuestro cumpleaños, algo completamente comprensible. Muy conveniente que él se olvidara de mencionarles ese detalle a los trabajadores sociales; pero nosotras estábamos muy cerca de la libertad como para decir nada.

No había demasiado que sacar de la habitación, además de la cama camarote que había sido demasiado pequeña y humillante para dos chicas adultas. «Uy, ¿se me olvidó darte las gracias por eso, Pete? Lo haré cuando me vaya, no te preocupes».

Mandé a la mierda la precaución y troté escandalosamente por la habitación. Presioné las manos abiertas contra la pared, mientras me movía, buscando. Sonreí cuando encontré el lugar exacto y el corazón me dio un vuelco esperanzado. Agarré los bordes del ladrillo y tiré; la mampostería se fue soltando hasta que se reveló el hueco que Tory y yo habíamos usado para guardar cosas.

Metí la mano y me mordí el labio, concentrada, mientras intentaba palpar lo que estaba buscando.

Efectivamente. Un fajo de billetes. Pete nos había echado de su casa tan rápido que no nos había dado tiempo a agarrarlo. Y no era precisamente algo que pudiéramos pedirle que nos devolviera. Se lo habría gastado en una sola noche en el casino, cuando nosotras nos habíamos pasado años ahorrándolo.

Mientras yo había estado haciendo chanchullos con los alumnos para ganar dinero, haciendo de intermediaria comprando y vendiendo las mierdas que no querían y quedándome con los beneficios, Tory había estado haciendo algo mucho más ilegal. Nunca me dijo de qué se trataba para no implicarme, pero yo sospechaba algo. Siempre llegaba a escandalosas horas de la noche oliendo a gasolina y adrenalina.

Sin embargo, no me importaba cuál fuera la fuente de los ingresos. Ese dinero era nuestro futuro. En ese preciado hueco de un ladrillo había casi dos mil dólares. De sobra para el alquiler de nuestro apartamento, que, aunque fuera una pocilga, era muchísimo mejor que la calle.

Unos nudillos llamaron a la puerta. Fuerte.

Se me hizo un nudo en el estómago. Pete no tenía amigos. Era un solitario. Un fracasado.

«La policía».

Rocé con los dedos el montón de billetes y cerré el puño, esperando tener la cantidad entera entre los dedos.

Sonó un estruendo cuando la policía tiró la puerta abajo.

«No, no, no, no».

Con el corazón en la garganta, corrí como si no hubiera mañana.

Una puerta se abrió de golpe en el pasillo.

—¡Alto! —gritó una voz masculina.

Miré hacia atrás por encima del hombro y solo vi el cañón de una pistola.

—¡Putra madre... no dispaes! —Me pegué a la pared, muerta de miedo, y me golpeé el hombro.

—¡Alto, he dicho! —clamó el policía.

Desesperada, corrí hacia el baño, cerré la puerta y eché el pestillo.

«Todavía no han disparado. Eso tiene que ser bueno. Los policías no disparan a adolescentes desarmadas, ¿no?».

Me metí los billetes en el bolsillo de atrás del pantalón, agarré el cepillo de dientes y lo froté contra el interior del inodoro. Del otro lado de la puerta se escuchó un ruido sordo, pero yo ya estaba casi fuera de la ventana y el cepillo de dientes de Pete en su sitio. Los cinco segundos que había tardado valieron totalmente la pena.

Conseguí salir y caí al suelo. Empecé a correr, huyendo hacia la valla de atrás, donde sabía que el rottweiler de los vecinos había excavado un agujero de tamaño considerable. Me siguieron más gritos. Pero el viento me tiraba del pelo y se me expandía en los pulmones en libertad. Era puro éxtasis, que se extendía por mi interior como una droga.

Me imaginé la cara de Tory cuando le dijera lo que le había hecho al cepillo de dientes de Pete, estaba ansiosa por escuchar la carcajada que le provocaría. Yo había dudado de si iba a poder hacerlo. Normalmente, yo era la que se tropezaba con sus propios pies constantemente, pero hoy no, «carajo».

—¡Eh! ¡Alto! —Una policía esta vez.

Mi fantasía cesó y se me heló la sangre. Me tiré en un cantero y me arrastré por el agujero bajo la valla. Se me engancharon los jeans en la madera. Se me rasguñó la piel y chillé al escuchar cómo se acercaban los pasos.

—¡Necesito este dinero! ¡Ni siquiera es suyo! —grité

mientras mi corazón se lamentaba casi con la misma intensidad en el pecho.

Unas manos me agarraron por los tobillos y casi se me explotó el corazón. Me desabroché el cinturón y, en ese momento, lo sentí. Todo. El dinero se cayó al barro, rozándome la piel retorcida antes de caer al suelo.

No me lo había guardado en el bolsillo. Lo había metido entre el puto cinturón.

—¡No! —Pataleé para que la policía me soltara, pero no sirvió de nada y me clavó las uñas.

—¡Sargento! —Pidió refuerzos y yo empecé a ver pasar mi vida por delante de mis ojos. ¡A la mierda la cárcel! Era un plan B de mierda.

Una voz masculina imponente llenó el aire y me atravesó como un cuchillo: «¡Suéltala!».

La policía me soltó y se lo agradecí al cielo mientras arrastraba las rodillas. Me di vuelta, pero un par de enormes manos masculinas ya estaban levantando nuestro adorado dinero.

«¡Eso que me estás quitando es nuestra vida!».

Le di una patada a la valla, gritando con rabia antes de darme vuelta y correr lo más rápido que pude en la dirección opuesta.

Quienquiera que fuera ese tipo me había salvado y arruinado la vida.

«Gracias, imbécil».



Subí furiosa los cuatro pisos hasta nuestro apartamento, cubierta de barro y furiosa conmigo misma. Tenía las manos en los bolsillos y estaba empapada por el diluvio que me había caído encima durante diez manzanas. Chicago tenía cambios de humor. Cuando no era el viento, era la lluvia.

Estábamos en septiembre, por el amor de Dios, ¡en Springfield todavía estaban tomando sol!

Me estremecí cuando el frío me llegó a los huesos y entumeció cada parte de mi ser, menos el dolor de perder ese dinero y la vergüenza por haber fracasado estrepitosamente.

Giré la llave en la cerradura y entré en el pequeño estudio con la pintura verde descascarada y ladrillo expuesto que no parecía moderno, más bien, sin terminar.

Tory estaba tirada en el sofá, ensimismada con su teléfono, que tenía una raya hasta el centro de la pantalla. Al menos tenía un smartphone. Yo seguía con un Nokia de los años noventa que solo servía para hacer llamadas, «como si los teléfonos fueran precisamente para eso».

Me quité la chaqueta de cuero con un resoplido dramático y ella levantó la mirada arqueando una ceja. Le cambió la cara en cuanto salió del ensimismamiento tecnológico y se puso de pie.

—¿Dónde estabas? —preguntó, con una gran confusión en sus ojos verde oliva, exactamente de la misma tonalidad que los míos. Como todo. La piel bronceada, que insinuaba una herencia latina de la que nunca conoceremos toda la verdad; además de los mismos labios carnosos y grandes. Éramos un reflejo exacto la una de la otra, salvo por las puntas azules de mi pelo. Quizá por eso nos sacábamos de quicio algunas veces.

Dejé caer la chaqueta al suelo sin responderle, dispuesta a pisotearla, pero Tory respiró hondo y me señaló. Yo miré al suelo y vi el dobladillo del pantalón teñido de rojo por la sangre del drama de la valla.

—No es nada. —Me quité la camisa y la tiré en la bolsa de basura que habíamos colgado en la pequeña cocina, que ni siquiera tenía tostadora. Me tragué mi orgullo y me preparé para contarle a Tory cuánto había fracasado—. Fui a casa de

Pete a buscar nuestro dinero, pero apareció la policía. Hui... y se me cayó el dinero. —Estaba tan furiosa conmigo misma que le di un golpe a la encimera con el puño.

«Torpe de mierda».

—Eran dos mil dólares —recordó Tory con un suspiro.

—Ya lo sé. —Cerré los ojos mientras la vergüenza me devoraba por dentro. Tenía que mantener la calma. Tenía que resolver esto. Porque, si no lo hacía, estaríamos en serios problemas. Habíamos podido permitirnos varios meses de alquiler aquí porque habíamos vendido absolutamente todo lo que teníamos de valor cuando nos fuimos de casa de Pete. Un bolso de Gucci que encontré en una tienda de segunda mano etiquetado como de imitación. Pete no se había enterado de que era auténtico, de lo contrario, le habría puesto las manos encima a la más mínima oportunidad.

—¿Te vieron? —preguntó Tory.

—Sí. —Suspiré—. Pete debe haber puesto cámaras... o el vecino, quizá. ¿Quién sabe? Da lo mismo. La cosa es que la cagué y ahora estamos en serios problemas.

—No saben dónde vivimos —reflexionó Tory.

—Pero es por el dinero, Tor. —Me tiré en el sofá andrajoso que habíamos encontrado en un callejón. Sí, así de mal estaban las cosas. Gruñí—. ¿Cómo vamos a pagar el alquiler?

Tory se apoyó en el borde del sofá, dándome un puñetazo en el hombro como siempre hacía para decirme que me quería. Tory no era muy de mostrar sus sentimientos, pero eso no significaba que no los tuviera. Y, aunque a veces me gustaría que me diera más abrazos, tenía su peculiar forma de demostrarme que se preocupaba por mí.

—Tranquila, Darcy. Esta noche voy a hacer un trabajo. Ya pensaremos en algo después.

—¿Sí? —Levanté la vista y la miré con los ojos llenos de esperanza, tan grandes como los de un personaje de anime.

—Sí. —Sonrió, pero era evidente que estaba decepcionada por lo del dinero.

«Maldita sea, si tan solo lo hubiera guardado en el bolsillo. ¿Por qué tengo que cagarla siempre?».

La lluvia estaba amainando a llovizna a medida que la noche avanzaba y me rugía el estómago pidiendo una comida que no iba a conseguir.

—Lo siento. —Suspiré mientras Tory miraba por la ventana—. Aunque hay una parte buena.

Ella giró la cabeza y me observó por encima del hombro con los ojos curiosos.

—¿Qué cosa?

—Metí el cepillo de dientes de Pete en el inodoro. Lo froté bien.

Abrió la boca y estalló en una carcajada. Mi enojo por fin se desinfló cuando mi propia carcajada se unió a la suya y nuestro pequeño apartamento vacío se llenó de algo bueno por una vez.



CAPÍTULO 2

—Arranca. —Maldije, mirando por encima del hombro para comprobar que seguía sola. La noche era oscura, las sombras densas y el silencio profundo en mi espacio en el estacionamiento de varios pisos, pero nunca se era demasiado precavida. La preciosa moto plateada que estaba a mi lado me ocultaba casi por completo; aunque, si alguien me veía, se acabaría el juego—. ¡Vamos, arranca!

Junté los cables otra vez, pero seguía sin pasar nada. ¿Había alguna prestación extra de seguridad en este modelo que yo no sabía? Había investigado, pero las ediciones limitadas eran propensas a tener mejoras aleatorias. Consideré dejarlo y salir corriendo de aquí.

Una risa aguda resonó desde algún lugar entre los autos y se me aceleró el corazón.

«No me pueden ver aquí atrás. Todavía no. Ni siquiera están cerca todavía».

Mantuve a raya los nervios, soltando el aire lentamente por la nariz mientras obligaba a mi corazón a ralentizar el pulso.

Una última oportunidad. Apreté los dientes, manifestando

la chispa de electricidad que necesitaba tan desesperadamente. Si lo deseaba lo suficiente, lo conseguiría. El último intento. Volví a juntar los cables y la impresionante criatura a mi lado rugió cuando su motor cobró vida.

«¡Bien!».

Me levanté rápidamente, me puse el casco negro y bajé el visor para ocultar por completo mi rostro. Comprobé que todos los mechones largos de mi melena estuvieran recogidos, fuera de vista, y pasé la pierna por encima de la moto.

—Vamos a dar un paseo —susurré, y el entusiasmo me rozó la espalda como si me acariciaran con una pluma.

Apreté los dedos alrededor del acelerador y le di un pequeño tirón, provocando el rugido del motor debajo de mi cuerpo. Me mordí el labio y una sonrisa me atravesó la cara. Aunque todavía no estaba fuera de peligro, tenía que llevarle esta belleza a Joey al otro extremo de la ciudad si quería que valiera la pena. Sin embargo, no pude evitar tomarme un momento para saborear mi victoria mientras admiraba la bestia plateada en la que estaba a punto de salir de aquí.

—¡Eh!

Levanté la cabeza cuando un guardia de seguridad salió de la escalera a mi izquierda. Obviamente, conocía al propietario de esta moto y, por lo tanto, sabía que no era yo.

—¡Tú! ¿Qué crees que...?

Arranqué la moto y aceleré antes de que tuviera tiempo de terminar la frase. Salí disparada, inclinándome hacia delante mientras bajaba con la moto la rampa espiralada lo más rápido posible. Si venía alguien a buscarme por el otro lado, estaba muerta. Acabada. Adiós, Tory. Pero, por suerte, no fue el caso.

El suelo se niveló y fui hacia la salida. La barrera estaba bajada, pero daba igual; el acceso peatonal estaba abierto de par en par y tenía un margen de quince centímetros para

cruzarlo con la moto. Sin tiempo para frenar, me resultó más complicado de lo que debería. Respiré hondo con fuerza al salir disparada por la estrecha abertura, rozando la pared con la rodilla izquierda.

Me palpitaba el corazón y la adrenalina me sacudía las extremidades, pero lo había logrado. Ahora solo tenía que seguir hasta llegar a lo de Joey y esperar que la policía no me atrapara primero. Tampoco era que tuvieran muchas chances contra mí cuando estaba sobre esta maquina infernal. Con una velocidad máxima de doscientos noventa y nueve kilómetros por hora y la libertad de poder cortar por callejones y aceras, básicamente ya estaba seca y en casa.

Zigzagué entre el tráfico, cruzando un semáforo justo cuando cambiaba de amarillo a rojo, y giré a la izquierda.

El destello de las luces rojas y azules me llegó desde la derecha un instante antes de escuchar las sirenas, entonces volví a girar a la izquierda antes de bajar por un callejón entre dos edificios y derrapar en la calle del fondo.

Oficialmente fuera del alcance de la policía, aflojé un poco el acelerador en la larga línea recta que tenía delante, esquivando otros vehículos y evitando por poco un choque al pasar un semáforo en rojo.

Ahora el corazón me palpitaba aún más fuerte, pero no de miedo. Esta sensación era en gran parte la razón por la que corría estos riesgos. Conducir esas máquinas me hacía sentir viva como ninguna otra cosa lo hacía. Deseaba poder quitarme el casco y dejar que el viento me ondeara el pelo a la máxima velocidad, con nada más que una carretera delante. Lamentablemente, arruinaría el disfraz si hiciera algo así. Los jeans anchos y la chaqueta *oversize* de cuero marrón no eran, de hecho, una señal de mi terrible gusto para la moda, sino que los había elegido conscientemente para que cualquiera que me viera pensara que era un hombre. Con el

pelo largo y mis curvas femeninas ocultas, más el hecho de que la gente simplemente prefiere pensar que los delincuentes son hombres, mi falsa identidad era bastante hermética. Siempre que no me atraparan.

Las luces de la ciudad pasaban a toda velocidad y le añadí un desvío extra a la ruta solo para cerciorarme al cien por cien de que nadie me había seguido. Y, si era totalmente sincera, tampoco iba a quejarme por regalarle a esta hermosura cinco minutos más de mi tiempo.

Me temblaban los huesos por la potencia del motor bajo mi cuerpo y, durante un momento, me permití sentir el deseo de quedarme esa moto para mí. Era una idea absurda, por supuesto. ¿De dónde iba a sacar una chica que apenas podía permitirse un teléfono celular una supermoto de edición especial? No, estaba destinada a andar en autobús como siempre y mis andanzas nocturnas tendrían que mantenerse ocultas.

Cuando confirmé que no me seguía nadie, giré la moto hacia un callejón empinado y la dejé rodar hasta pararla junto a la persiana negra que marcaba la entrada de servicio a lo de Joey.

Aceleré una vez antes de apagar el motor y bajar del vehículo que tanto deseaba quedarme.

Los segundos pasaban lentos mientras esperaba a que Joey me dejara entrar y la tensión me retorció el estómago al mirar por encima del hombro hacia el final del callejón. Si no se daba prisa, iba a tener que volver a enseñarle mi gancho de izquierda.

La persiana se levantó con un estruendo grave que me sobresaltó. No esperé a que se abriera del todo, empujé la moto adentro y me deslicé por debajo lo más rápido posible.

La persiana cayó al suelo detrás de mí y bajé la pata de cabra antes de quitarme el casco y mirar a Joey.

Era un tipo alto, con el pelo oscuro peinado hacia atrás con gomina y que llevaba siempre una chaqueta de cuero con un parche de la insignia de su grupo de motociclistas, aunque a mí no me interesaba en lo más mínimo. Tenía treinta y muchos; no lo bastante mayor como para haberle impedido tratar de seducirme en el pasado, pero sí demasiado mayor como para que a mí me interesara. Yo tenía dieciocho. Él tenía mi edad cuando yo nací. «Qué asco».

Joey soltó un silbido largo mientras recorría la moto con la mirada. Yo no malgasté el aliento indicándole todas sus características; era de las pocas personas a mi alrededor cuyos conocimientos en estas máquinas podían competir con los míos.

—No está mal, ¿eh? —le pregunté con una sonrisa. Era, por lejos, la moto más cara que había robado para él.

—Define «no está mal» —respondió, comiéndose la moto con la mirada.

—Ay, por favor. Sé cuánto vale, no quieras cagarme —dije molesta.

—Sí, vale mucho dinero, es verdad. Además, es una edición limitada.

—Soy consciente —repliqué con sequedad.

—Pero muy limitada. Solo fabricaron ochenta y cinco de estas. ¿Cómo quieres que la venda? Si quieres, le pongo también una etiqueta que diga: «Robada». —Joey apartó la vista de la moto, mirándome con una ceja alzada mientras a mí se me caía el alma a los pies.

Me había dejado llevar por el desafío. En cuanto vi la moto, supe que tenía que conducirla. Sin embargo, no se me había ni ocurrido esta situación.

—Mierda —maldije—. ¿Y qué supone eso para mí?

Joeyladeó la cabeza mirando de nuevo la moto.

—Cuatrocientos.

—Púdrete, Joey. Esta moto vale más de cuarenta de los grandes y solo tiene unos meses. —Las palmas de las manos se me volvían cada vez más pegajosas mientras mi cara mostraba indignación, aunque la preocupación se colaba entre mis poros. Necesitábamos el dinero de este trabajo. Contaba con tres mil dólares como mínimo y se suponía que con esta moto los iba a conseguir.

—Lo tomas o lo dejas —dijo encogiéndose de hombros, avanzando hacia la persiana como si fuera a volver a abrirla.

—Por favor —supliqué entre dientes, con las palabras casi quemándome la lengua—. Necesito el dinero.

—¿Por qué necesitas dinero tan desesperadamente? —preguntó, mirándome con algo similar a la preocupación.

«Porque necesito cada centavo que pueda conseguir para que mi hermana y yo podamos salir de esta ciudad de mierda y empezar a vivir nuestra maldita vida».

—No es asunto tuyo —respondí con firmeza.

Joey chasqueó la lengua.

—Ochocientos. Ni un dólar más.

—Hecho —gruñí. No era tanto como esperaba, pero era mejor que nada.

Joey se dirigió hacia unas escaleras de madera para buscar el dinero en el piso de arriba.

Yo me quité la chaqueta de cuero y lo seguí. Olía a tabaco y a menta. Era evidente que el tipo al que se la robé pensaba que podía disimular el olor de uno con el otro. Se equivocaba. Después, me deshice de los pantalones anchos. Debajo llevaba unos *leggings*, y las botas negras me llegaban hasta las rodillas. La camiseta ancha roja con la que los había combinado era lo bastante arreglada como para pasar por algo que me pondría para ir a bailar, sobre todo cuando me la bajé un poco para marcar más mi escote.

Por último, me quité las horquillas del pelo y dejé que la

melena negra me cayera hasta la cintura mientras me la peinaba con los dedos. Nadie me reconocería ahora. El hombre que había robado la moto había desaparecido y yo no era más que una de las tantas chicas que disfrutaban de una copa esta noche.

Seguí a Joey arriba y esperé fuera de su oficina a que me diera el dinero. Me entregó un sobre grueso y no me molesté en contar el contenido; siempre cumplía su palabra con respecto a las finanzas.

Asentí una vez antes de recorrer el pasillo hasta la puerta de atrás del bar que servía como fachada de sus negocios bastante ilegales. El olor a licor fuerte y a hombre sin lavar me golpeó al pasar entre la multitud de motociclistas.

El camarero me vio, me sirvió un *shot* de tequila en un vaso y lo empujó por la barra hacia mí. Me apreté entre los cuerpos y acepté el trago apoyando el codo en la madera. No tenía intención de quedarme mucho tiempo, pero no podía rechazar una bebida gratis.

Me bebí el trago de una y me ardió la garganta con el escorzor del licor mientras soltaba el vaso con un golpe sordo sobre la barra.

Al darme la vuelta para marcharme, un pecho musculoso cubierto por una camisa blanca impoluta me bloqueó el paso.

—¿Puedo hablar con usted? —me preguntó el hombre cuando levanté la vista hacia su cara.

Era alto, con el pelo castaño hacia atrás de esa forma despreocupada de me-he-pasado-siglos-para-conseguir-que-este-peinado-parezca-natural que los hombres con demasiado tiempo y dinero elegían bastante a menudo. Supuse que sería unos cinco o seis años mayor que yo, tendría veintitantos. Podría decirse que estaba bueno, con ese toque medio puritano que, en realidad, no era mi tipo.

—¿Estás perdido? —pregunté con una sonrisa provoca-

dora. Esto era un bar de motociclistas. El uniforme era básicamente pelo en la cara, chaquetas de cuero y jeans. La camisa blanca y el pantalón de vestir gris de ricachón encajaban como un pulpo en un garaje. Tenía barba, aunque estaba bien cuidada y peinada para que tuviera un aspecto concreto. Las barbas de este antro recordaban más a pelucas llenas de migas que a una barba de diseño de varios días.

Estaba llamando la atención y lo último que necesitaba yo ahora mismo era atención extra.

—No. He encontrado exactamente lo que estaba buscando —respondió él, con un tono tan grave que casi se fundió con el heavy metal que sonaba de fondo.

—Me alegro por ti. Nos vemos. —Empecé a alejarme de él, pero me agarró por el brazo—. ¿Qué mierda crees que estás...?

—*Siéntese conmigo* —indicó con un tono firme.

Me dejé caer en un banco de la barra y él se acomodó a mi lado, soltándome el brazo.

Joey había aparecido detrás de la barra y alzó una ceja al ver a quien me acompañaba. Pero yo no había querido sentarme; fruncí el ceño mientras intentaba averiguar por qué lo había hecho.

—¿Al final vas a tomar algo, Tory? —preguntó Joey mientras me servía otro trago de tequila con media sonrisa. Sabía que no iba a malgastar mi dinero en alcohol, pero también era bastante generoso y me daba bebidas gratis cuando quería. No me cabía duda de que era toda una confabulación para mantenerme contenta, para que no buscara a nadie más a quien entregarle mis mercancías. Y no podía decir que no funcionara.

—Creo que paso, después de lo que ocurrió el finde pasado... —le recordé. Una barra libre y yo no siempre éramos la mejor combinación, y bailar arriba de una mesa hasta caerme

no había sido precisamente mi mejor momento. Todavía tenía un moretón azul del tamaño de Utah en el trasero.

—Bueno, quizá un día de estos te...

—*Lárgate* —dijo irritado el hombre a mi lado, y Joey se fue hacia el otro extremo de la barra sin protestar.

Arqueeé una ceja ante su grosería, pero no pareció importarle. Supuse que tenía demasiado arraigada la imbecilidad como para ser consciente.

—Creo que yo también me voy a ir —repliqué, bajando del banco y deslizándome otra vez entre la multitud de cuerpos cubiertos de cuero.

El Sr. Camisa me volvió a agarrar por el brazo y dijo algo que quedó ahogado por el ruido de las voces y la música de fondo.

—¡Suéltame, imbécil! —grité, retorciendo el brazo para liberarme mientras me metía entre el montón de cuerpos. Algunos de la banda de Joey me escucharon y se interpusieron para bloquearle el paso al ricachón cuando intentó seguirme.

Aproveché para escapar y dirigirme a la salida. «Debe ser la luna llena que otra vez hace salir a los raros e intensos».

Ignoré cualquier atención hacia mi persona mientras cruzaba el bar abarrotado. No quería beber hoy. Solo quería volver y enseñarle a Darcy el dinero que había conseguido.

Ochocientos dólares. Suspiré mientras tocaba el sobre que era, al menos, la mitad de grueso de lo que me habría gustado. La próxima vez tendría que poner el ojo a algo menos llamativo.

Aunque, al recordar el trayecto hasta aquí, se me curvó ligeramente la boca. Puede que el pago no hubiera sido exactamente lo que me habría gustado. Pero, mierda, qué viaje.

Fuera, la ya habitual hilera de idiotas decoraba la fachada, apoyados en sus Harley Davidson con unas barbas

horribles. Un par de los más jóvenes me miraron con interés y decidí que esta noche no iba a tomar el autobús.

—¿A alguno de ustedes le gustaría mostrarme de qué son capaces estas máquinas? —pregunté con una sonrisa mucho más dulce que mi personalidad.

Mi cara era bastante conocida por aquí como para permitirme confiar en los integrantes de la banda, aunque había dejado claro que no tenía ningún interés en unirme.

—¿Qué me darás a cambio? —se interesó un muchacho con un bigote retorcido.

«Nada de lo que estás pensando, imbécil».

—¿Adónde vas? —preguntó después un chico menos repugnante. Ni siquiera tenía barba, que podría haber sido porque todavía no le había crecido, pero yo no tenía ningún problema con eso. Joven y optimista era mejor que viejo y libidinoso en cualquier momento. De hecho, era considerablemente guapo y tenía moto, así que eran dos puntos a su favor.

—Aquí cerca, a las afueras de Riverdale, por la parte sur —contesté esperanzada. Era un trayecto de quince minutos, pero se podía tardar perfectamente una hora en la caja oxidada y manchada de pis que hacía las veces de autobús aquí.

—Vamos entonces, sube —concluyó Carita de Bebé con una sonrisa mientras sacaba su moto de la fila y le pasaba la pierna por encima.

Le eché una mirada a la moto.

—Buen tuneo —afirmé con una sonrisa. O estaba dedicándole mucho dinero en el taller o sabía cómo usar una caja de herramientas.

—Gracias, lo he hecho yo —respondió orgulloso.

«Mi tipo de hombre».

Me subí a la moto detrás de él y le pasé los brazos por la cintura cuando arrancó.

El Sr. Elegancia salió del bar justo cuando rugió el motor, con la mirada oscura clavada en mí. Parecía bastante más que solo un poco molesto al dar un paso hacia nosotros, gritando algo que no escuché con el rugido del motor.

«Capta la indirecta, hombre».

Apreté los brazos alrededor de la cintura de mi compañero y se me dibujó una sonrisa en la cara cuando nos alejamos.

El viento me enredaba el pelo con sus dedos fríos mientras dejábamos el bar atrás a toda velocidad. Carita de Bebé sabía lo que hacía, sin sobrepasar el límite de velocidad y serpenteando entre el tráfico de una forma que me aceleró el corazón de alegría y me erizó la piel de euforia.

En un abrir y cerrar de ojos, llegamos a las afueras de mi barrio, que no era el mejor, y paró para que me bajara. Todavía estaba a cuatro cuadras de casa, pero no había necesidad de mostrarle a un desconocido dónde vivía.

—Gracias por traerme —agradecí con una sonrisa, y empecé a alejarme.

—¿Esta vez me vas a dar tu número, Tory? —preguntó, y yo incliné la cabeza, sorprendida de que supiera mi nombre. Él también pareció darse cuenta y explicó su comentario—: Hace unos meses también te traje y me dijiste que la próxima vez me darías tu teléfono.

No me acordaba de eso. Eché un vistazo a la moto. No, nunca me había subido, estaba segura, aunque no fuera buena recordando caras.

—Antes tenía una Triumph —aclaró, al darse cuenta de mi confusión.

—Ah, has mejorado —dije cuando por fin lo recordé.

—Así es. Bueno, ¿qué? ¿Me dejas que te invite a cenar algún día?

Era difícil decir que no a una cena gratis. Y el chico sabía conducir una moto. Y era bastante atractivo.

—No puedo decir que no, ¿verdad? —pregunté, agarrándole el celular para poder guardarle mi número—. No escuché tu nombre.

—Matt —respondió, mirándome con atención.

Presionó llamar cuando le devolví el teléfono y sonreí al sacar el dispositivo que me vibraba del bolsillo para que viera que estaba recibiendo su llamada.

—¿No confías en mí?

—Solo comprobaba —replicó, con una mirada de agradecimiento—. Te llamaré.

Lo observé alejarse con una sonrisa en la cara antes de darme vuelta para irme a casa. Apresuré el paso; había llegado septiembre y las noches empezaban a ser más frías. Me empecé a arrepentir de no haber traído una chaqueta.

Troté la última cuadra, con un suspiro de alivio al abrir la puerta del edificio y poner un pie en la escalera.

—No terminamos nuestra conversación. —Sonó una voz grave detrás de mí, y maldije por el susto mientras me daba vuelta hacia la calle. Allí, de pie bajo la luz de las farolas, estaba ni más ni menos que el mismísimo ricachón.

Sentí el terror recorrerme la espalda y el corazón a punto de salirse por la boca. «No puede ser».

No perdí ni un segundo en conversar con el acosador y me di vuelta para subir corriendo las escaleras, con el corazón martilleándome el pecho.

Escuché sus pasos detrás de mí y me empezaron a llegar imágenes a la cabeza de mi cuerpo destrozado y abandonado en un contenedor, alimento para las ratas y un simple titular en el periódico de mañana.

«Me cago en todo lo cagable».

—¡Pare! —gritó él, y por algún motivo desconocido y profundamente aterrador obedecí.

El miedo me separó los labios a medida que se fue

acercando y conseguí librarme del deseo de quedarme completamente quieta y salí corriendo de nuevo.

Llegué al cuarto piso, corrí a toda velocidad hacia nuestra puerta al final del pasillo con el siete colgando al revés.

Lo escuché maldecir un instante antes de que su sólido peso impactara contra mí. Yo era muy rápida y le había sacado bastante ventaja, ¿cómo mierda me había alcanzado? Me empujó contra la puerta de nuestro apartamento y soltó un resoplido de irritación.

Abrí la boca para gritar, pero me la cubrió con la mano.

El pasillo estaba vacío. Ni siquiera la chusma de la señora Ergu había asomado la cabeza para quejarse del ruido o del olor a comida o de la maldita basura y, por primera vez en mi vida, tuve ganas de ver su mirada de ojos estrechos.

—Soy el profesor Orion. No voy a hacerle daño y usted *no va a gritar. Quiere dejarme pasar.* —Sacó la mano de mi boca y se apartó mientras yo le clavaba la mirada. Todavía sentía que el miedo me estrangulaba, pero el deseo de gritar y pedir ayuda se había desvanecido.

Abrí la boca para decirle que ni loca iba a dejar pasar a un desconocido a nuestro apartamento en medio de la noche un domingo. Sin embargo, mis manos parecían tener otra idea. Metí la llave en la cerradura y la giré sin poder evitarlo.

—Adelante —anuncié con delicadeza. «¿Qué carajo?». Yo no era delicada, mucho menos con desconocidos. Mucho, mucho menos con desconocidos acosadores.

El Sr. Camisa invadió mi espacio personal, ofreciéndome una sonrisa plana mientras me seguía dentro y cerraba la puerta detrás de sí. Me palpitaba el corazón, me sudaban las manos y tenía la sensación de que acababa de dejar entrar a un zorro en mi gallinero.